



MEMORIAS ÍNTIMAS

Simenon,  
el hombre  
exuberante

Página 3



CONTRATAPA

Días  
de Lula y  
pingas

Página 4

  
télam  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 3 | NÚMERO 153 | JUEVES 6 DE NOVIEMBRE DE 2014

# *Los inmortales*

y los otros viejos de Claudio Zeiger



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



Nueva correspondencia Pizarnik muestra facetas inusuales de la poeta—lúdica con amigos, reflexiva con colegas y leal a quienes admiraba—a través de unas 200 cartas (la familia Pizarnik, Rita Geada, Tilo Wenner, Marcelo Pichón Riviere, Adolfo Boy Casares, Ana María Bernechea y Sylvia Molloy entre otros), en su mayoría inéditas, reunidas por la lingüista Ivonne Bordenois y la biógrafa Cristina Piña. La investigación

alcanzó a 40 corresponsales, entre ellos Manuel Mujica Láinez, Julio Cortázar, Silvina Ocampo y Arnaldo Calveyra. El libro editado por Alfaguara, llega 16 años después de la primera compilación realizada por la propia Bordenois en torno a Alejandra Pizarnik, una de los voces fascinantes y genuinas del siglo XX, nacida en Avellaneda en 1936 y muerta en 1972 por una sobredosis de somníferos.

# Los inmortales y los otros viejos de Claudio Zeiger



SEBASTIÁN BASUALDO

A lo mejor es cierto: leemos para buscar a alguien o para que nos cuenten nuestra propia historia. Un encuentro casual con un libro en una librería de viejos sobre Corrientes—nada menos casual que el encuentro de un libro con su lector, diría Borges citando a los antiguos—, una edición de 1954 de *El café de los inmortales* de Vicente Martínez Cuitiño, bien podría ser el punto de partida para las historias que Claudio Zeiger narra en *Los Inmortales* (Emecé), su último libro. “Rastreando datos sobre el café de Los Inmortales mientras escribía sobre los bares y los viejos, ya había detectado en Internet que la mayoría de las anécdotas remitían al libro de Martínez Cuitiño, el bien asiduo del café siendo muy joven y hombre del teatro Nacional, cuya época de oro coincidió con los de la bohemia porteña, un período corto, espléndido, extremó y mitificado de la literatura y el periodismo”. El también, escribió Zeiger. Pequeño y sutil giro que, más allá del reconocimiento explícito de una hermandad espiritual, pone de manifiesto el material del que está hecho este hermoso libro: la experiencia en su sentido más acabado, vale decir el de recuerdo acumulado, una memoria tan personal como colectiva y donde el escenario es un Buenos Aires relacionado a la calle Corrientes, o más precisamente: “Así como nos pasó en Corrientes y Montevideo, nos vamos retardando en Corrientes y Uruguay. No avanzamos hacia la 9 de Julio donde el Obelisco no significa nada ni para mí padre ni para el Archivo



ZEIGER. “CREO HABER DEJADO EN CLARO, SIN VOLTERETAS NI SOBREAUTUACIONES, MI OPCIÓN POR LA LITERATURA”.

historico de Buenos Aires. El idioma era el carácter nacional, decía Durrell. Y los lugares la cobijan. Desde estas dos perspectivas se construye *Los In-*

mortales. Como hijos de una ciudad—los que luego serán padres y por lo tanto artífices de mitos primero y luego derrumbadores con toda la fuerza del paricidio—, las generaciones que han hecho de la calle Corrientes y sus bares, sus cines y teatros, sus librerías adurgadas hasta bien entrada la madurez, surgen en las páginas de *Los Inmortales* no ya desde un tono nostálgico sino como quien contempla la arquitectura de una ciudad sabiendo que su basamento no está solo hecho de lo tangible. El tiempo amenaza la memoria. “Yo que estaba siempre tan pertrecho contra las trampas de la nostalgia. ¿Cuándo compra uno con beneficio los clones de la nostalgia de aquello que no le pertenece ni le pertenece? Pero si el cuerpo se ablanda, ¿qué decir del alma?”, se pregunta el narrador en el relato que abre el libro. In memoriam Corrientes y que comienza así: “Mipadre me pide que lo acompañe a recorrer Corrientes

“por última vez” pero están tan implícitas que asustan y emocionan como si se tratara de una despedida”. A partir de este momento se trata simplemente de caminar y compartir el tiempo, recordar de lugares y personas que ya no existen, cada uno a su modo, con lo que tiene y supo compartir o fue capaz de poner en palabras. “El Foro ya no existe en esa esquina de Corrientes y Uruguay donde ahora hay una gran casa de ropa pero fue un punto de referencia en la historia familiar”. Traer el pasado al presente de modo que la memoria se instale en el futuro como un sentimiento lúcido. Eso logra Claudio Zeiger desde el principio. El relato que abre *Los Inmortales* es importante porque define la personalidad del libro como un hijo. Un hijo de la ciudad. Una generación—la del 64—que bien podría mirar a las otras con la fieta contra el vidrio en un aula de río. Una vez que estos dos hombres se separan y su padre retoma y dialogando consigo mismo a través de la literatura.

Valiéndose de distintos géneros literarios—desde la pura fic-

ción hasta el ensayo y la crónica— el llamado centro de Buenos Aires surge como escenario para una consciencia dialógica. Así, en *Los inmigrantes rotas*, trabaja sobre aspectos ideológicos y culturales de una generación a partir del famoso tríptico de Carlos Correas, Oscar Masotta y Juan José Sebreli. Luego surgirá *Idiosincrasia*, donde la ciudad se mira a sí misma en un espejo donde actúan sus habitantes. “Es una ciudad liberal porque es unitaria y autónoma, porque odia el chisme y la siesta provinciana y porque aún atesora los últimos estereotipos de un estilo de vida que no toleraría los más mínimos vestigios del socialismo ni de ninguna otra experiencia de izquierda remota que el paso del tiempo embellece hasta convertirlas en un adorno moral de la ciudad liberal, soportable por inofensivo”.

Estos textos pertenecen a “Filiaciones”, la primera de las tres partes que componen el libro. “Creo haber escrito contra todas las trampas del ‘literario’ pero en favor de la corriente de la literatura. Creo haber dejado en claro, sin volteretas ni sobreactuaciones, mi opción por la literatura”. Y está logrado.

El segundo relato era insoslayable. Se trata de la figura de Roberto Arlt pero abordado de un modo indirecto. Es uno de los textos más logrados de este libro y lo inserta en una tradición bien definida de la literatura argentina contemporánea, se titula: “La escena de la pensión”. Allí se recupera a un personaje de *El fogonete rubio*, aquel que Silvio Astier llamaba el adolescente y le da una profundidad existencial verdaderamente intensa a partir de la puesta en diálogo con un psiquiatra, el doctor Abel Levit.

La tercera parte del libro, titulada “Autobiografía del otro” contiene un relato que en muchos sentidos cierra y al mismo tiempo define la mirada sensible e inteligente que tiene Claudio Zeiger sobre el mundo. Se titula “El gato en la colonia” y está articulado con otro relato que no conviene adelantar; pero no tanto por su valor de sorpresa como por lo que permite su reflexión final. La colonia es la ya mítica Unidad Turística de Embalse Río Tercero que terminó de construirse durante el gobierno de Perón. En este relato tan conmovedor como descarnado por momentos, Claudio Zeiger aborda el tema de la niñez y el abandono, íntimamente ligado a un sentimiento de culpa que se derrama cuando en la mirada adulta se despierta una conciencia social, histórica e ideológica que nos involucra a todos.

En *Maldad, caridad necesaria*, Patricia González López configura una voz que se hace de una serie de poemas una indagación del propio cuerpo que busca reinventarse después del amor, el dolor, la soledad y el desapego. El libro, publicado por Milena Caserola, es un corpus textual integrado por diversas formas de poesía, que incluye prosa, verso, recortes periodísticos, redes sociales, reflexiones,

memorias y preguntas que hacen de la escritura la única forma posible de explicar el pasado, entender el presente y mirar el futuro. Patricia González López (Buenos Aires, 1986) es licenciada en Relaciones Públicas por la Universidad de La Matanza y docente e investigadora de esa institución. Participó en diversas antologías de poesía y publicó los libros *Indecible* (2009) y *Dos de azúcar* (2010).



# Simenon el hombre exuberante



Lausanne, Suiza, 1989. Un amigo suizo me invita a una cena en Espalings, en medio del campo, al lado de otra casa enorme y blanca que yo había merodeado recientemente como un turista más porque había sido una de las casas de George Simenon, muerto días atrás. Mi amigo me contó que el había frecuentado esa casa casi a diario porque era amigo de uno de los hijos del escritor. Y que Marie-Jo, la hija de Simenon, había sido su primera novia. Me contó también una anécdota que yo repetí numerosas veces abando «a la ligera, confuso» —la idea del maltrato infantil: los hijos se habrían visto obligados a pedir audiencia para ver al padre, idea compatible con la leyenda del hombre de los quinientos libros y las diez mil amantes. Sin embargo, un libro me iba a contradecir. Ese libro es *George Simenon, memorias íntimas*, que Simenon escribiría luego de la muerte de su hija.

Marie-Jo Simenon se suicidó el 19 de mayo de 1978 en París. Tenía 25 años, tocaba la guitarra y componía. Era bellísima. El padre, a los 77 y cuando ya había dejado de escribir, retomó el trabajo y da vida al más voluminoso de sus libros que comienza así: «Hija mía, sé que has muerto».

Georges Joseph Christian Simenon nació en Lieja (Liege), Bélgica, el 13 de febrero de 1903. Fue inscripto el 12 por elaba. Si obra catalogada es de ciento noventa novelas además de otra treintena firmada con seudónimos, un millar de diarios, reportajes, notas en periódicos y varios libros de memorias. Una vez le confesó a Fellini: «Hechecho el cálculo, desde los trece años y medio». Denyse, su segundo esposa, asegura que es exagerado, que las amantes de Simenon no superan las mil doscientas.



GEORGE SIMENON. CON SU HIJA MARIE-JO. LUEGO DEL SUICIDIO DE LA JOVEN, EN 1978, EL ESCRITOR PUBLICÓ *GEORGE SIMENON, MEMORIAS ÍNTIMAS*.

Simenon se forma trabajando de periodista en la *Gazeta de Lieja*. De los dieciséis a los diecinueve años escribe entre ochocientos y novecientos columnas humorísticas firmadas con seudónimo. Su obra literaria comienza en París. En sus inicios era capaz de escribir ocho capítulos en un día. Sus primeras novelas son de 1928, varias series de trece novelas cortas para Gallimard (*Los trece misterios*, *Los trece culpables*, etc.), que aparecen en el semanario *Detective*. Su producción novelística nunca fue menor a las cuatro novelas por año. Un año llegaría al insólito número de cuarenta y una novelas.

Simenon aseguraba que le hubiera gustado practicar todos los oficios del mundo y de cada viaje se traía guías telefónicas que le ayudaban a elegir nombres para sus personajes, que superan los nueve mil. La escritura de la mayoría de esas novelas no le consistió más que de una semana. «Mínimo de palabras, máximo de intensidad». Se casó dos veces (con la belga Régine Renchon, Tigy, y con la canadiense Denyse Oumet) y tuvo una larga convivencia con Tigy, hasta que ella se casó con el periodista de Denyse que terminó por volverse su compañera. Tivo cua-

tro hijos. Ocupó treinta y tres residencias además de un barco que habitó entre 1929 y 1931. Vivió en Bélgica, Francia, Estados Unidos, y tuvo cuatro residencias en Suiza, entre ellas la que yo había visitado en Alpines y la casa rosa de la avenida Fiquiers de Lausanne, donde regó las cenizas de Marie-Jo.

Durante la guerra fue Alto Comisario para refugiados belgas de La Rochelle. ¿Negó refugio a los belgas judíos? ¿Era antisemita? No ayuda a exonerarlo que las películas hechas de sus novelas fueran financiadas por una productora alemana, tener un hermano militante de la extrema derecha belga y una serie de artículos escritos para la *Gazeta de Lieja* bajo el título «El peligro judío» cuando tenía... 16 años. Simenon siempre dijo que seguía órdenes de los directivos del diario. Michel Carly, estudioso de su obra y vida, dice que Simenon «no hacía más que repetir los viejos clichés del antijudaísmo católico de la sociedad de su época».

Su matrimonio con Tigy termina cuando ella lo descubre en la cama con Boule, la criada normanda que vivía con ellos desde que seguía órdenes de los directivos del diario. Michel Carly, estudioso de su obra y vida, dice que Simenon «no hacía más que repetir los viejos clichés del antijudaísmo católico de la sociedad de su época».

a Tigy que no solo la engañó con Boule sino que lo hizo todos los días de su vida, a veces con sus amigos. Al finalizar la guerra, amenazado por la resistencia francesa, se instala en los Estados Unidos. Allí conocería a su segunda esposa, Denyse, la madre de Marie-Jo. Llegó a vivir junto a Tigy y su hijo Marc; Denyse y sus dos hijos pequeños, Johnny y Marie-Jo, a Boule, y a una doncella de Denyse que se vuelve ocasionalmente su amante estimulado por su esposa.

Denyse Oumet será secretaria, compañera, esposa, agente literario y gerente de la empresa Simenon, un negocio que al regresar a Europa alcanza la estatura de emporio de ediciones, traducciones, cine, radio y televisión. Cada novela suya vendida, solo en los Estados Unidos, millones de ejemplares. En ocasiones ella interrumpió su trabajo para pedirle que le hiciera el amor, práctica que a veces llevaba a cabo delante de la secretaria.

La pareja se separa en el 64. El lugar de ella es ocupado por Teresa. El año de la muerte de Marie-Jo, Denyse escribió «Un oiseau pour le chat» (Un pájaro para el gato).

En sus memorias, Simenon culpa a Denyse de incesto con la hija cuando Marie-Jo tenía 11 años. Uno de los hermanos de Marie-Jo asegura que son todas mentiras.

Marie-Jo vivió en una espiral de huidas, intermisiones, angustia, un debut sexual violento con un amigo del hermano y un amor obsesivo hacia su padre («Te quiero tanto, papaito, tanto que jamás podré expresarlo por completo», escribe a los 20 años). Llegó al suicidio. Las memorias de Simenon se editarán en francés venden cien mil ejemplares en dos meses. La segunda edición tendrá treinta y una líneas suprimidas por una demanda de Denyse.

Sus últimos días Simenon y Teresa residen en el hotel Beau Rivage de Lausanne. Él se mueve en una silla de ruedas. En el 84 le habían extirpado un tumor en el cerebro luego de una operación de siete horas y media; en Simenon, todo es exuberante. A las 3.30 de la madrugada del lunes 4 de setiembre le dice a Teresa: «Al fin, voy a dormir». Sus hijos se enteran de la muerte por los diarios, y él muere al día siguiente. Tenía 86 años. Días después Teresa dispersa sus cenizas en el jardín de la casa rosa, debajo de un gran cedro, junto a los restos de Marie-Jo.



Historia de los escritores argentinos

## "ISLARIO GENERAL DE TODAS LAS ISLAS DEL MUNDO", GEOGRAFÍA E IMAGINACIÓN

El viaje es sólo apenas una posibilidad de la literatura geográfica, afirman los responsables de la revista *Swa*, una publicación inusual, existente en sus características de libro objeto, que está dedicada en su último número al "Islario general de todas las islas del mundo": una serie de notas donde la geografía y la imaginación de esos otros mundos "tornan inquietos a los mapas". "Desde sus orígenes la

intención de *Swa* es salir a la búsqueda, no solamente de un tema, sino de un género, con qué nombre hacerse a la mar, soslayando un poco lo del viaje y trasladándolo a la literatura geográfica, que se nutre de esa retórica pero también de los procedimientos de la geografía como un género anacrónico", cuenta a *Telam* Salvador Gargiulo, editor de la publicación junto a Christian Kupchik, Héctor Roque Pitt y Esther Soto.



## CONTRATAPA

→ Luis Soto



# Días de Lula y pingas

Cuando la tarde del último sábado de octubre de 1978 sobre San Pablo. En un tramo peatonal de la elegante calle Barón de Itapeatinga un grupo de no más de 50 personas ocupaba la calzada frente a una pequeña librería con marcado aire londinense. Se había instalado una tarima con una microfona y a un costado se veía una mesa con bebidas para preparar caipirinha y un número de vasos parejo al de los asistentes. Eduardo Suplicy y su esposa Marta, figuras destacadas de la política de Brasil, oficiaban de dueños de calle. El acto correspondía a la publicación de un libro de ensayos de Eduardo. Habló el autor, por supuesto, pero antes Marta hizo una breve semblanza del otro orador, un hombre de fuerte presencia física, barba oscura y muy poblada, ropa rústica, gorra incluida, de color caqui y mezuquino manjoso de la sonrisa.

Este cronista, miembro del staff de la revista *Confirmado*, había gestionado ante el jefe de redacción, Miguel Briante, ser enviado a San Pablo a cubrir un festival de jazz que prometía convertirse en un acontecimiento. Los directores de *Confirmado* tenían en la cartelería del festival, Chick Corea desde el piano y Astor Piazzolla con su fujio. Un tanto caprichosamente calificado como hombre de jazz, lo cierto

fue que Astor deslumbro a un público fervoroso. Corea y sus socios —uno de ellos era Gary Burton— vestían amplias gaiterías floreadas. En eso sí, rigurosos tangueros, los de Piazzolla habrían optado por camisas y pantalones negros. Pero esos nombres no eran todos. Entre los excelentes músicos brasileños sobresalían el guitarrista Baden Powell y los ya ascendentes Egberto Gismonti y Hermeto Pascoal.

Las noches del festival, en un anfiteatro al aire libre en las afueras de la temible ciudad fueron maravillosas (en todo viaje a San Pablo había demasiados rincones, la plaza de la República, por ejemplo, por los que se pasa con una sensación de miedo físico real, palpable). El cronista compartió جای y cuidados con *Mowfi/Sabat*. Un día antes del regreso se acordó del compromiso de la nota política. Había ido al barrio de Higienópolis a saludar al poeta y periodista Ángel Nuñez, y al pintor Alfredo Pizantello, ambos exiliados desde 1976. Nuñez aportó la pista salvadora, aunque en forma absolutamente casual: "¿Querés tomar una pinga?", invitó usando el nombre que le dan allí a la caipirinha. Sí, claro. Entonces Nuñez me hizo un guiño y me dijo que el propietario del festival, Eduardo Matarazzo Suplicy pertenece a una encum-

brada familia dedicada a la actividad industrial y empresarial, y a la alta política. Poco antes de participar en la fundación del Partido de los Trabajadores (PT), en 1980, eliminó el apellido Matarazzo.

El sujeto vestido de proletario y con punta de número 5 del equipo de fútbol de una fábrica de cojinetes era Luiz Inácio Lula da Silva. A su modo y en un plano elitista, los Suplicy lo presentaban en sociedad. Las tribunas desde las que Lula venía arengando a los operarios de automotrices alemanas eran estadios deportivos y talleres de trabajo. Nunca había participado en un acto literario. En esos días acababa de ser conserje secretario del sindicato metalúrgico con el 98% de los votos y simbolizaba el nuevo proletariado brasileño, dispuesto a romper con la herencia de Getulio Vargas. "La clase obrera precisa su propio partido", rezaba una de sus banderas. "Es un obrero del noreste, no tiene preparación", lo descalificaba quien pretendió sustituirlo para que fuera su discípulo y continúa siendo su permanente rival. Fernando Henrique Cardoso. Ahí estaba, entonces, Lula, llevado del brazo por los Suplicy y rojizado por gentes que poco tenían de ambiciosos, su imagen. Con sana frescura dijo que apenas había tenido tiempo de leer tramos del libro de Suplicy —la dicatoria y el arranque del prólogo?— y refiri-

éndolo en alguna frase de doble filo exaltó la importancia de la resistencia obrera a la dictadura militar. Hubo discretos aplausos y al rato Lula estaba tomando sus pingas junto a tan distinguidos contertulios. Los amigos de Suplicy prestigiaban el trago con ron o vodka. Fue a la fórmula popular, Lula tomó su pinga con cachaca. "Lula es una de las esperanzas de Brasil", fue visionario Eduardo Suplicy. El sol llegaba a los estantes de la librería esparciendo reflejos dorados sobre las encuadernaciones en verde y azul. Le preguntaron al barbado gremialista cuál era su relación con los libros y los diarios. Lula dijo que le temas que le interesaban eran "socialismo, política... ah, y Corinthians". El dueño del local le regaló una novela de Jorge Amado y una biografía de João Goulart. Suplicy desistió que era un oportuno regalo de cumpleaños: en un par de días, el 27 de octubre, Lula celebraría sus 33 años.

Han transcurrido tres décadas largas desde aquel sábado. El cronista escribe a última hora del domingo 26, conociendo el triunfo de Dilma Rousseff y reelección. Van llegando fotos y noticias. Dilma aparece en un vehículo abarrotado, a su derecha se ve a Eduardo Suplicy. Lula va a votar acompa-

ñado por su esposa Marissa y Suplicy. Último momento (0,50 del lunes): Eduardo Suplicy perdió su banca de senador por el PT, vencido por José Serra, una de las primeras espaldas del "filhinho de papa", Aécio Neves. El cronista recuerda que en la elección anterior Suplicy planteó una encendida protesta al sentir que el aparato del PT no se había movilizó como debía —se refería concretamente a fondos y esfuerzos destinados a la acción proselitista— para apoyar su candidatura a senador. No es una figura más del peteísmo, dejado atrás por el lulismo. Eduardo Suplicy fue el primer senador surgido de las filas del PT y es el autor del programa de Renta Básica Universal, equivalente al Plan de Asignación por Hijo vigente en nuestro país. Ser un ministro de confianza, asesor de voz privilegiado, selecto embajador del tándem Dilma-Lula. Pero ha quedado afuera del parlamento.

El encuentro con Luiz Inácio Lula da Silva fue accidental y sirvió para sellar la suerte del viaje a San Pablo. No podía ser de otra manera: cómo no va a pesar la imprevisión en días de jazz y pingas? Anécdota complementaria, que será saboreada especialmente por quienes participaron a Miguel Briante. El cronista entregó las dos notas. Miguel apartó del festival y relajando la otra sentenció: "este turno no tiene remedio, ahora se inventó a un tal Lula...".